



José Luis de Diego (dir.)
Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)
Buenos Aires
Fondo de Cultura Económica
2014
314 páginas

Carola Hermida¹

Una historia de la edición en Argentina

Editores y políticas editoriales en Argentina es un volumen colectivo dirigido por José Luis de Diego, reedición aumentada y actualizada del publicado en 2006. El libro presenta cronológicamente los distintos momentos de la industria editorial nacional, desde su surgimiento a la actualidad, focalizando sus políticas en relación con los títulos nacionales. A partir de la caracterización del libro como un “objeto de doble faz, económica y simbólica” (Bourdieu 1999: 242), de Diego define al editor como un personaje también doble que debería conjugar “el arte y el dinero”. Esta dualidad plantea una serie de problemas metodológicos, ya sea que se ponga el foco en la “industria”, para

lo cual se privilegiaría un enfoque cuantitativo, o en la “cultura”, en cuyo caso se optaría por uno cualitativo. El desafío del texto es poner en relación ambas cuestiones, lo que permite demostrar que a lo largo de la historia se dieron momentos paradójicos. En función de esto, indaga el desarrollo de la industria, la difusión de ciertos libros en determinados momentos, la consolidación de los lectorados y tendencias lectoras y los procesos de canonización.

Tal como señala de Diego, este recorte plantea tres problemas: el establecimiento de períodos o ciclos que precisamente demuestran la compleja relación, no siempre directa, entre el éxito

¹ Doctora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Mail de contacto: chermida@mdp.edu.ar.

de mercado y el impacto cultural; la tensión entre la dimensión diacrónica y sincrónica y el equilibrio necesario entre la presentación dura de los datos y las hipótesis interpretativas. Veremos a continuación que los sucesivos capítulos sortean estas dificultades satisfactoriamente a través de lecturas que escapan de ciertos lugares comunes y proporcionan así interpretaciones críticas, sostenidas por una sólida indagación de las fuentes.

El primer trabajo, a cargo de Sergio Pastormerlo, analiza el surgimiento del mercado editorial en nuestro país, desde 1880 a 1899. Como él explica, la consolidación del Estado posibilitó, entre otras cuestiones, la transformación de la cultura letrada en Argentina, particularmente en Buenos Aires y su zona de influencia. Dentro de este campo, el autor indaga los cambios que se dan en la conformación del público lector, el escritor, la literatura que se publica y la figura del editor. Con respecto al público, se incorporan por primera vez otros sectores sociales; esto genera como contrapartida una nueva figura de escritor, que asume un rol más profesional, sostenido incluso por la “producción en serie”; el corpus literario se expande, ya que además de las colecciones que se inscriben dentro de la cultura letrada, comienzan a publicarse otras populares, los primeros *best sellers*, como *Martín Fierro*, las obras de Eduardo Gutiérrez, las bibliotecas dedicadas a la literatura criollista o los éxitos editoriales de Marcos Sastre, principalmente dentro del campo educativo. Por último, también los editores pasan de ser un grupo de limitada relevancia a asumir el perfil de “editor popular”, como Pedro Irume, pasando por la figura del “editor nacional”, encarnada por ejemplo, por Carlos Casavalle.

Desde 1900 a 1919 se “organiza el espacio editorial” y a este período se refiere el capítulo escrito por Margarita Merbilháa. La autora analiza los principales proyectos de estas décadas y demuestra cómo se diversifican las prácticas editoriales a través del auge de los libros de bajo costo que no descuidan la calidad literaria. A principios del siglo XX, en Argentina prevalecían las publicaciones extranjeras; dentro de lo nacional se destacaban los títulos editados por el Estado, orientados principalmente al público escolar o culto. Sin embargo, un interés cada vez más notorio por la lectura en los diversos sectores sociales puede constatarse en la multiplicación de librerías, principalmente en Buenos Aires, y el impacto cada vez mayor de los periódicos. Esta demanda es percibida por los principales agentes del campo cultural, quienes responden mediante proyectos sustentados por criterios cívicos, morales y pedagógicos. Merbilháa estudia el surgimiento de la “Biblioteca de La Nación”, dedicada a la literatura universal, y las dos colecciones que intentan construir una tradición para las letras nacionales: “La Biblioteca Argentina”, dirigida por Ricardo Rojas y la “Cultura Argentina”, a cargo de José Ingenieros. Estas empresas culturales dejan fuera a los autores contemporáneos, quienes deberán esperar a que se concreten los proyectos de Gálvez o Torrendel para contar con un espacio para sus publicaciones.

Precisamente, “la emergencia del editor moderno” es el tema del siguiente capítulo, a cargo de Verónica Delgado y Fabián Espósito. Tal como señalan los autores, a partir de la Primera Guerra Mundial, se da una situación favorable para el libro nacional debido a la retirada transitoria de las editoriales francesas y alemanas que dominaban por entonces el mercado hispanoamericano. Por otra parte,

vimos anteriormente que existía una demanda de libros baratos en el mercado interno nacional, lo cual permite que en los años 20 diversos proyectos editoriales compitan a través de nuevas estrategias: el diseño de colecciones, ya sea de lujo o populares; la creación de bibliotecas de autores nacionales así como la publicación de traducciones, autorizadas o clandestinas. A su vez, con la intención de conquistar a este público nuevo y por tanto desconocido, los editores se perfilan como promotores culturales que intentan aunar en sus productos la calidad literaria y el precio accesible. Con estas premisas, Ernesto Morales y Leopoldo Durán fundan las *Ediciones Mínimas*; Juan Torron del, la *Editorial Tor*; Samuel y Leonardo Glusberg, las *Ediciones Selectas-América*; Louis Bernard, las *Joyas Literarias* y Antonio Zamora, la *Cooperativa Editorial Claridad*, editoriales que proponen catálogos heterogéneos y libros que se ofrecen a través de recursos innovadores, como la venta a domicilio o en quioscos. Por otro lado, también hay quienes intentan difundir las figuras nacionales y apuntan a un público más iniciado, como Samuel Glusberg con *Babel* o Manuel Gleizer con *Minerva*. En estos años, definidos por algunos como la “época heroica” de la edición nacional, se afianzan también las editoriales dependientes de revistas culturales, *Nosotros*, *Proa*, *Sur* y la *Cooperativa Editorial Limitada Buenos Aires*. Según concluyen los articulistas, estos proyectos delinean un editor concebido en tanto “difusor”, “animador” y “propiciador” del encuentro entre un nuevo lectorado y los bienes simbólicos, en una búsqueda que entrama éxito y calidad.

A partir de estas experiencias promisorias, en las décadas siguientes se da un auténtico *boom* de la industria editorial argentina que tradicionalmente se

ha definido como su “época de oro”. Sin embargo, de Diego, en el capítulo siguiente dedicado al período que va de 1938 a 1955, demuestra cómo este éxito empresarial no tuvo un impacto directo en la ampliación del público. Si bien a partir de fines de la década del 30 inician sus actividades en Argentina *Espasa Calpe Argentina*, *Losada*, *Sudamericana*, *Emecé*, *Nova* y *Santiago Rueda*, a la par de editoriales surgidas anteriormente, esto no repercute en un crecimiento del lectorado nacional. De Diego, a través de la presentación de un “panorama situado” releva alguna de estas paradojas y logra relativizar afirmaciones cristalizadas en los estudios referidos a la temática, por ejemplo: la idea de que los editores españoles exiliados por la Guerra Civil que se instalaron en nuestro país fueron pioneros en un campo yermo. Tal como demuestra el articulista, ni todos los españoles que iniciaron estos emprendimientos eran republicanos, ni el contexto argentino era un terreno virgen. La situación económica favoreció la expansión de estos proyectos, que exportaban el 40 % de una producción que no promocionaba especialmente a los autores nacionales. Por tanto, en esta “época dorada”, se dio la publicación de una literatura para minorías que no favoreció un crecimiento del público ni promovió a los artistas locales. El análisis del autor indaga los números, ediciones e incluso las operaciones de la crítica, que en lecturas previas se vieron opacadas por los deslumbrantes números del mercado, y cuestiona ciertos supuestos, a la vez que constata el interés del lectorado de entonces por los autores nacionales y latinoamericanos.

Precisamente y en relación con esta demanda, de acuerdo con Amelia Aguado, entre 1956 y 1975 el mercado interno nacional se consolida: *Eudeba* se funda en

1958 y el *Centro Editor de América Latina* en 1967, con una propuesta innovadora en cuanto a temáticas, géneros, autores y lectores a los que apela. En tanto, *Sudamericana*, *Emecé* y *Losada* continúan publicando títulos que responden a las tendencias literarias e intelectuales en auge en Europa y Estados Unidos. A su vez, entre 1960 y 1975 surgen nuevas editoriales sostenidas por proyectos con una clara orientación ideológica, tanto pertenecientes a la nueva izquierda como a la extrema derecha. En el mercado nacional prevalecen por entonces los libros destinados a la enseñanza, la literatura infantil y juvenil, los libros universitarios y luego, las colecciones consideradas literarias. Son estas décadas las que, según la autora, testimonian el apogeo de estas “industrias culturales”, entre las cuales se destacaron las editoriales que publicaban volúmenes, “en su mayoría dirigidos al consumo de los grupos ilustrados: de los que se encerraban para disfrutar de la literatura y de los que querían cambiar el país” (169).

Luego de este auge, de Diego estudia la crisis de la industria editorial en el país durante la dictadura y el retorno democrático. A partir del trabajo de Andrés Avellaneda, que analiza la acción represiva en el campo cultural, de Diego pone en foco las diferentes operaciones editoriales de entonces, desde aquellas más visibles como las leyes y decretos de prohibición hasta otras más sutiles e indirectas. Este accionar fracturó el campo intelectual y literario en Argentina, estableciendo una división entre quienes se quedaron y los exiliados. Paralelamente, en un clima en el que la descentralización de la acción represiva había logrado una naturalización ideológica, el autor destaca también las formas de resistencia. En este marco, el mercado editorial sufrió una profunda crisis no sólo a raíz del control y

la censura, sino también de la inestabilidad económica. A partir de 1981 comenzó a disminuir el accionar censor por parte del Estado pero no mejoraron las condiciones en el mercado. Como señala de Diego, con la recuperación de la democracia se reinstaló el interés por la literatura nacional debido tanto a la publicación de autores censurados como a la pérdida del mercado externo y las dificultades para la exportación. No obstante, los escritores nacionales de ficción tuvieron que competir con los libros de historia, los de opinión política y aún la investigación periodística relacionada con la denuncia de los acontecimientos recientes. El articulista no se limita a presentar los títulos y autores editados, sino que trasciende la mera enumeración de datos en un análisis que vincula la política editorial con la/s política/s de la crítica. Sostiene así que la literatura argentina de los años 80 se encuentra tensionada por la incertidumbre y el interrogante, debido a que su proyecto estético no se inscribe ya dentro de un realismo ingenuo ni enarbola tampoco la ruptura radical respecto de lo real. De Diego estudia las poéticas de los autores faros de esa década –Manuel Puig, Juan José Saer y Ricardo Piglia– y demuestra cómo en sus obras la realidad política es el “material” a partir del cual se articulan proyectos creadores con un alto grado de autonomía. Hacia fines de los 80, a raíz del recambio generacional y de una recanonización en el campo cultural, comienza a declinar el “imperativo de la representación”, aunque continúa la centralidad del género novela en los catálogos editoriales y en las demandas de los lectores.

El último artículo escrito por Malena Botto abarca el período que va de 1990 a 2010. La autora analiza cómo en la década del 90, a partir de la consolidación de la democracia y la instauración de una

economía neoliberal, se impulsa un crecimiento de la industria editorial que, sin embargo, no se corresponde con la recuperación del libro nacional ni con su circulación en el país. En esos años se polariza el mercado entre las editoriales adquiridas por capitales extranjeros y las “pequeñas editoriales”, las “independientes” o las llamadas “artesanales”. Dentro de las primeras, la búsqueda de rentabilidad, la imposición de novedades, la reducción de tiradas y segmentación de las propuestas configuran un campo desalentador para los proyectos estéticos que no suscriben a los mandatos de los grandes grupos. No obstante, la salida de la convertibilidad reduce el margen de ganancia de estas empresas y promueve, en cambio, una “primavera” para las pequeñas editoriales que no sólo proponen nuevas alternativas para la edición y circulación de los libros sino otras formas de sociabilidad literaria. Tal como señala la autora, estos “proyectos alteran, cuestionan o invierten [...] las formas de la producción literaria, el rol del editor y la materialidad del libro en tanto objeto cultural” (255). A su vez, plantean una ruptura con el mercado y con las instituciones tradicionalmente conformadoras del canon y se definen como “especializadas”, a la vez que “democratizadoras”. A través de un minucioso recorrido por diversas fuentes (entrevistas, notas periodísticas, sitios web, catálogos, conferencias, discursos en presentaciones, etc.), Botto pone en tensión gestos simbólicos y políticos, enunciados programáticos y estrategias editoriales, a partir del cual concluye, como ocurre con los buenos artículos, con una pregunta: “El interrogante que [...] permanece es si cabe recuperar un sentido político de la producción literaria que

incluya de algún modo –aunque no sea el de la masividad– una política de la lectura con un cierto sentido de expansión” (265).

Un anexo final que presenta en forma cronológica los principales acontecimientos legales e institucionales vinculados con la edición en Argentina, preparado por Silvia Naciff, cierra el volumen.

De esta forma, a través de un recorrido histórico, los autores dan cuenta del devenir de la industria editorial y la figura del editor en nuestro país. A partir de una cuidadosa indagación en diversas fuentes, desde el Anuario bibliográfico del siglo XIX hasta los suplementos culturales de los diarios actuales, las palabras de editores y escritores, las listas de libros publicados y sus tiradas, brindan lecturas interpretativas en las cuales analizan las políticas editoriales, la construcción del canon nacional, la conformación de lectores y las cuestiones vinculadas con el mercado. Confirman con un gran trabajo de archivo ciertos análisis precedentes, cuestionan otros supuestos carentes de base y plantean nuevos interrogantes. *Editores y políticas editoriales en Argentina* realiza así un aporte fundamental tanto para quien requiera un panorama global sobre la edición nacional como para quien se interese en profundizar estas cuestiones.

Referencias bibliográficas

- Avellaneda, Andrés (1986). *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Bourdieu, Pierre (1999). “Una revolución conservadora en la edición”. En *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.